

## EL CUADRO DE SANTA BÁRBARA

Alberto estaba inclinado sobre su mesa de trabajo, llevaba más de seis meses como becario en aquel taller de restauración de obras de arte, y ya se le estaba haciendo pesado que solo le mandaran pequeñas tareas que podría hacer con los ojos cerrados. No por nada, su abuelo había tenido uno de los mejores talleres de las últimas décadas y le había enseñado todos los entresijos del gremio, lástima que se hubiera jubilado antes de que él pudiera terminar la carrera, y por lo tanto de poder hacer las prácticas en el taller familiar. De hecho, no hubiera necesitado ir a la facultad para ejercer el oficio. No obstante, si quería jugar entre los grandes, es decir los grandes museos internacionales y las galerías de renombre debía tener una titulación de grado como mínimo. Y allí estaba, pasando el «trapito» para quitar el polvo a piezas, que sin ser insignificantes, no despertaban su interés, pero que era necesario para poder rascar todos los créditos posibles para cursar el posgrado de Experto en Conservación, Restauración e Interpretación del Patrimonio. Mientras pensaba en su tedio, escuchó el eco de unos tacones que se acercaban por el pasillo y no pudo más que bufar de fastidio.

—Chicos, se acerca *Miss Estirada*— susurró Miguel uno de sus compañeros de sala.

—¡Shh, no la llames así! —le recriminó Lucía, otra chica que estaba allí para lo mismo, realizar sus prácticas. —¡Te va a oír un día de estos y te va a plantar un informe negativo de la leche!

*Miss Estirada* era como llamaban a Leonor Núñez de Córdoba Sánchez-Arjona, hija de dueño de la galería de arte *Núñez de Córdoba e hijos*, así como del taller de restauración de obras de arte en el que se encontraban. «Una hija de papá» de libro, a la que habían endosado la dirección del equipo de becarios, a los cuales trataba con una mezcla de condescendencia y prepotencia a parte iguales. En su círculo era una diva, pero en un entorno más terrenal se la podía categorizar de cabeza hueca.

Los pasos cada vez estaban más cerca, segundos después aparecía por la puerta. Tan impecable como siempre, con su vestido y sus zapatos de diseño y su bata blanca abierta. Miguel se preguntaba por qué se la ponía, si jamás hacía nada para necesitarla y menos aún abierta, estaba claro que formaba parte de su atrezo. La seguían varios operarios que cargaban pequeñas cajas y carpetas, parándose justo detrás de ella a la espera de instrucciones.

—Colóquenlas ahí, por favor—. Les indicó con un gesto sutil de la cabeza señalando a una mesa libre. —Y déjenlas abiertas. —Los hombres hicieron lo que le pedían, sacando varios grabados, lienzos y piezas de orfebrería con cuidado. Cuando terminaron, y ante un gesto de su jefa, salieron de la sala. Luego levantó una ceja y miró a los becarios fijamente, ellos no se movieron a la expectativa. Ella suspiró y movió un pie impacientemente dando golpecitos en el suelo, los becarios interpretaron que se tenían que levantar y acercarse a la mesa, lo cual hicieron con actitud indolente.

—¿Qué tenemos aquí, señorita Núñez de Córdoba?— le preguntó educadamente Lucía, la más prudente de los tres.

—Esto es un lote que mi padre ha tenido a bien aceptar —contestó con un tono que revelaba que no estaba de acuerdo con la decisión de su padre—, si me hubiera pedido mi opinión; yo no lo hubiera aceptado, porque se ve a leguas que no es un trabajo de la calidad y el prestigio con el que trabajamos en nuestra galería.

—Pero si su padre lo ha elegido, es porque realmente está a la altura del taller— replicó Alberto, que sí tenía en gran estima el criterio de Juan Núñez de Córdoba, quien valoraba la piezas por su valor artístico e histórico, más que por el monetario.

—Como sea —dijo *Miss Estirada* haciendo un gesto desdeñoso con la mano. —Solo sé que el trabajo debe estar listo en un mes y tengo a los profesionales en proyectos...más relevantes. Así que no me queda más remedio que recurrir a vosotros. Supongo que os las

apañaréis bien con un par de candelabros, dos grabados y...—miró al lote y cogió sin mucho cuidado el lienzo, a los becarios le rechinaron los dientes por no soltarle una fresca a la jefa, ¿cómo se atrevía a cogerlo así? ¡Ni siquiera llevaba guantes!—, y un cuadro de una virgen fea—. Finalizó mostrándoles el cuadro.

—Es santa Bárbara— dijo Alberto en tono cortante, sin poder morderse la lengua.

—¿Cómo?— preguntó confusa la jefa.

—Que no es una virgen fea, que es Santa Bárbara.

—No sabía que fueras un experto en santos y vírgenes, no se te ve especialmente religioso— le dijo en tono despectivo.

—Si se ha estudiado historia del arte o alguna carrera similar, es fácil de reconocer el simbolismo del arte sacro, no es necesario ser una persona religiosa para verlo. —Los otros becarios jadearon ante la pulla que le había lanzado, aquella mujer, hasta donde sabían no había cursado estudios superiores. Era un claro caso de nepotismo, pero no por ello había que escupírselo a la cara. Ella no se dio por aludida y le miró por encima del hombro.

—Me es indiferente, no es un cuadro especialmente bonito, no representa a ninguna *madonna* de la escuela italiana o a alguna virgen de la escuela de Zurbarán o Murillo —dijo con aires de grandeza como si quisiera demostrar que sí sabía de lo que hablaba. —El único valor que tiene para mí es que es antiguo y tiene cierto valor sentimental para mi padre. Así que Alberto, si tanto te gusta, encárgate tú de su lavado de cara. —Y se lo lanzó como si fuera un frisbi ante la atónita mirada de los estudiantes. Alberto tuvo reflejos y lo cogió al vuelo antes que chocase contra algo y se estropease más. *Miss Estirada* no dijo nada más y salió de la estancia con paso decidido.

—¡Esa mujer está loca! —exclamó Miguel— ¿Cómo osa tratar así una obra de arte?

Sus compañeros no respondieron, tan solo le miraron como diciendo «de donde no hay no se puede sacar»

—Bueno, Miguel, veamos qué más ha traído la bruja, está claro que el cuadro ya tiene «dueño» —dijo Lucía tirando de Miguel hasta la mesa y dejando a Alberto con el cuadro.

Alberto volvió a su puesto de trabajo, colocó con cuidado el cuadro en la mesa y lo observó con detenimiento, como había dicho era una Santa Bárbara canónica, puesto que tenía todos sus símbolos rodeando a la doncella, la palma, el rayo, la corona con una hostia, la torre con tres ventanas y el cáliz. Algunas representaciones tenían también una espada, que a simple vista no aparecía en el cuadro, lo cual no significaba que una vez que limpiara lo no saliera a la luz. Alberto, muy a su pesar, tuvo que reconocer que no era de los cuadros mejor trabajados que había visto, se notaba que el pintor era un aficionado con un talento aceptable, quizás fuera el cuadro de un aprendiz. Los trazos eran toscos y la cara de la santa carecía de la finura que se solían encontrar en los retablos de las iglesias. En conclusión era una obra modesta, pero por supuesto no carente de encanto y valor histórico. Según los pigmentos y los trazos, Alberto determinó que se podría tratar de una obra de finales del siglo XVIII o principios del XIX. Pasó la luz negra para ver el estado del barniz, y preparó varios hisopos con distintas soluciones para proceder a la limpieza. No tenía demasiados desconchones, así que no necesitaría demasiada masilla. Tan enfrascado estaba en la labor, que no se dio cuenta que el tiempo pasó, hasta que sus compañeros le avisaron que era hora de almorzar. Él les pidió que le trajeran algo, pues estaba demasiado concentrado como para dejar el cuadro en ese momento. Había empezado a limpiar por el extremo superior izquierdo y ya estaba descubriendo la cara de la doncella, descubriendo una cara más bonita de lo que había supuesto en un principio. El pintor había dado una gran profundidad a su mirada, parecía retarle a que pensara de nuevo que era fea. Se sacudió ese pensamiento de la cabeza, ¡era solo un cuadro inanimado! Justo cuando llegó al cuello de la santa, el cielo se encapotó, un rayo se reflejó en la ventana

y seguidamente sonó un gran trueno. Alberto sonrió con ironía, «¡cómo no!, todos nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena». Escuchando el sonido de la lluvia contra el cristal, Alberto continuó con la limpieza, se había tenido que acercar la lámpara de mesa puesto que el ambiente se había oscurecido un poco. Ya había pasado el hisopo por las manos de la santa, ahora estaba con los pliegues de su vestido, como había intuido, una espada apareció en lo que parecía una sombra en el juego de luces que conformaban las formas de las faldas. Cuando hubo terminado con la figura, se la quedó mirando, «¿qué habrán presenciado esos ojos?», se preguntó así mismo. Como si la santa le hubiera escuchado, unas imágenes aparecieron ante sus ojos como en un sueño.

*«—¡Padre, padre!— escuchó Alberto. Un muchachito de unos diez o doce años, vestido a la antigua usanza, llamaba a un hombre que salía por la puerta hacia el exterior. El hombre se giró con una sonrisa apenada en la cara.*

*—Alonso, ya lo hemos hablado, he de irme. Tengo que ir al regimiento de artillería por orden del rey...*

*—Lo sé —dijo intentado no llorar, ojalá fuera más mayor y pudiera acompañarle a la batalla—, solo quería darle esto...—Alonso le entregó a su padre un lienzo enrollado. Martín, que así se llamaba el padre, lo desenrolló con cuidado—, es Santa Bárbara, patrona de los artilleros, ya que yo no puedo acompañarle, espero que ella le proteja. No es un cuadro muy fino, pero... —Martín lo cortó dándole un fuerte abrazo.*

*—Es perfecto, hijo— le dijo con la voz tomada.*

*—Vuelva casa sano y salvo, padre.*

*—Lo haré, ella me protegerá ya lo verás»*

Alberto sacudió la cabeza, ¿qué había sido aquello? ¿Se habría dormido? No lo creía, seguro que el estrés del trabajo le había jugado una mala pasada, sí eso debía ser; el

cabreo diario que tenía por ser infravalorado, a excepción de ese día. Cogió otro hisopo y siguió limpiando el cuadro, ahora que la figura femenina estaba expuesta, parecía como si tuviera una expresión divertida, no mostraba sonrisa alguna, pero tenía ese tipo de gesto de cuando un amigo quisiese bromear contigo, pero intentaba disimular. Alberto suspiró, tendría que ir por un café para despejar su mente, Miguel y Lucía estaban tardando demasiado. Hizo un viaje rápido hasta la máquina y se bebió en café casi hirviendo, pero ni loco se lo llevaría a la mesa de trabajo, solo faltaba que se le derramara...

Cuando se sentó de otra vez en su mesa, otro trueno sonó, haciendo vibrar las paredes ligeramente. Miró a Santa Bárbara de nuevo, porque para él ya no era un simple cuadro, estaba frente a la mismísima Santa Bárbara, aunque no sabía cómo había llegado a esa conclusión y otra visión apareció frente a sus ojos.

*«Martín y otros hombres estaban arrodillados frente al lienzo de Alonso, cada uno murmurando sus propias plegarias y susurrando los deseos de victoria para volver a casa con sus familias, cuando todo parecía quedarse en silencio, Martín alzó la voz:*

*— Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita al pie de la Santa Cruz, padre nuestro, amén Jesús. — y se persignó. Antes de que sus compañeros pudieran contestar, escucharon la voz del capitán:*

*— ¡Señores, terminen con su plegarias! ¡El enemigo está a las puertas de la ciudad! ¡Quiero todas piezas con su dotación ya!*

*Todos se apresuraron a levantarse y a coger sus mosquetes, para dirigirse a sus puestos estratégicos.»*

Alberto enfocó de nuevo la vista en el cuadro, pero no le duró demasiado, puesto que las siguientes imágenes pasaron por su cabeza.

*«Esta vez, Martín estaba cargando un cañón por la boca, con movimientos rápidos y precisos, a pesar de sus heridas. Tenía un brazo rígido, tal vez dislocado, una venda cubría su ojo izquierdo. Su camisa, otrora blanca, estaba casi negra por la pólvora, el sudor y la sangre seca, varios de sus compañeros yacían muertos en el suelo, pero de casualidad no era ninguno de los que le habían acompañado en sus plegarias»*

—¡Alberto, Alberto! —le llamaba suavemente Lucía. Él levantó la cabeza desconcertado. Ella sonrió. —Parece que te has quedado traspuesto, toma anda come algo— le dijo acercándole una bolsa de un conocido restaurante de comida rápida. Martín la aceptó un poco desorientado aún. Lucía se rio al ver su cara de pazguato. —Anda come y tira para casa que estás agotado.

Alberto negó con la cabeza, sabía que no se había dormido, era otra cosa. No obstante, no dijo nada, no lo fueran a tomar por loco.

—Está bien, comeré algo y me iré a casa con el cuadro...

—¡Ni hablar! —protestó Miguel— ¡Aquí nadie se lleva trabajo a casa! ¡Demasiado explotados estamos ya!

Miguel tenía razón, debería irse a casa a descansar.

Esa noche soñó como Martín volvía a casa, salvo, porque muy sano no estaba, le faltaba el ojo izquierdo y tenía una ligera cojera, pero eso no le importó a su familia que lo recibió con los brazos abiertos, en especial el pequeño Alonso. Cuando Martín se soltó de su abrazo, del bolsillo interior de su gabán sacó el lienzo enrollado, estaba un poco maltrecho, como Martín, pero de nuevo en casa. Con un gesto solemne se lo tendió a su hijo. Alonso sonrió ampliamente mientras lo tomaba entre sus manos, su Santa Bárbara había protegido a su padre.

FIN

